

LA DESPEDIDA DEL MINISTRO

Volumen 1 – Sermón No. 289

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
11 DE DICIEMBRE DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS
*En su última predicación en este lugar***

***“Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios”
Hechos 20:27-27***

Cuando Pablo se separó de sus amigos efesios, que habían venido a despedirse de él en Mileto, no les pidió un elogio de su capacidad, no les pidió una recomendación por su ferviente elocuencia, su profunda erudición, su amplio pensamiento o su penetrante juicio. Sabía muy bien que podría tener crédito por todo esto y, sin embargo, ser encontrado un naufrago al final.

Él requería un testimonio que fuera válido en la corte del cielo, y de valor en una hora agonizante. Su declaración más solemne es: "Os protesto en este día que estoy limpio de la sangre de todos los hombres. Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios".

En el apóstol esta declaración no era egoísmo, era un hecho que él, sin cortejar las sonrisas ni temer los ceños fruncidos de nadie, había predicado la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, tal como le había sido enseñada por el Espíritu Santo, y tal como él la había recibido en su propio corazón. ¡Ojalá que todos los ministros de Cristo pudieran dar honestamente un testimonio semejante!

Ahora, esta mañana me propongo, con la ayuda del Espíritu de Dios, hacer dos cosas. La primera será hablar un poco sobre la solemne declaración de despedida del apóstol, y luego, con unas pocas palabras solemnes, despedirme personalmente.

I. En primer lugar, **la palabra del apóstol en la despedida**: "Os protesto que no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios".

Lo primero que nos llama la atención es la declaración del apóstol sobre las doctrinas que había predicado. Había predicado TODO el consejo de Dios. Por lo cual creo que debemos

entender que había dado a su pueblo todo el Evangelio. No se había detenido en una sola doctrina del Evangelio, excluyendo las demás, sino que se había esforzado honestamente por poner de manifiesto cada verdad de acuerdo con la analogía de la fe. No había magnificado una doctrina hasta convertirla en una montaña, para luego disminuir otra hasta convertirla en un grano de arena, sino que se había esforzado por presentar todas mezcladas, como los colores del arco iris, como un todo armonioso y glorioso.

Por supuesto, no reclamó para sí ninguna infalibilidad como hombre, aunque como hombre inspirado, no se equivocó en sus escritos. Tenía, sin duda, pecados que confesar en privado y faltas que lamentar ante Dios. Sin duda, a veces no había expuesto una verdad con la claridad que hubiera deseado al predicar la Palabra, no siempre había sido tan serio como hubiera deseado, pero al menos podía afirmar que no había ocultado voluntariamente ni una sola parte de la verdad tal como está en Jesús.

Ahora, debo trasladar el dicho del apóstol a estos tiempos modernos, y considero que si alguno de nosotros quiere limpiar su conciencia predicando todo el consejo de Dios, debemos tener cuidado de predicar en primer lugar las doctrinas del Evangelio. Debemos declarar la grandiosa doctrina del amor del Padre hacia Su pueblo desde antes de todos los mundos. Su elección soberana de ellos, Sus propósitos de pacto concernientes a ellos, y Sus promesas inmutables a ellos, todo debe ser pronunciado con sonido de trompeta.

Junto con esto, el verdadero evangelista nunca debe dejar de exponer las bellezas de la persona de Cristo, la gloria de sus oficios, la plenitud de su obra y, sobre todo, la eficacia de su sangre. Lo que sea que omitamos, debe ser proclamado de la manera más contundente una y otra vez. Esto no es Evangelio que no tiene a Cristo en él, y la idea moderna de predicar la verdad en lugar de Cristo, es un artificio malvado de Satanás.

Y esto no es todo, porque como hay Tres Personas en la Divinidad, debemos tener cuidado de que todas tengan el debido honor en nuestro ministerio. La obra del Espíritu Santo en la regeneración, en la santificación y en la perseverancia, siempre debe ser magnificada desde nuestro púlpito. Sin Su poder, nuestro ministerio es letra muerta, y no podemos esperar que Su brazo sea desnudado a menos que lo honremos día a día.

En todos estos asuntos estamos de acuerdo, y por lo tanto paso a los puntos en los que hay más controversia y, por consiguiente, más necesidad de una declaración honesta, porque hay más tentación de ocultamiento.

Para proceder entonces, me pregunto si hemos predicado todo el consejo de Dios, a menos que la predestinación con toda su solemnidad y seguridad sea declarada continuamente, y a menos que la elección sea enseñada audaz y desnudamente como una de

las verdades reveladas por Dios.

Es el deber del ministro, comenzando desde esta fuente, trazar todas las otras corrientes, deteniéndose en el llamamiento eficaz, sosteniendo la justificación por la fe, insistiendo en la perseverancia segura del creyente, y deleitándose en proclamar ese pacto de gracia en el cual están contenidas todas estas cosas, y que es seguro para toda la simiente escogida comprada por la sangre.

Hay una tendencia en esta época a dejar en la sombra la verdad doctrinal. Demasiados predicadores se sienten ofendidos por esa verdad severa que sostenían los Covenanters, y de la que los puritanos daban testimonio en medio de una época licenciosa. Se nos dice que los tiempos han cambiado, que debemos modificar estas viejas doctrinas (así llamadas) calvinistas, y bajarlas al tono de los tiempos, que de hecho, necesitan diluirse, que los hombres se han vuelto tan inteligentes que debemos recortar los ángulos de nuestra religión y hacer del cuadrado un círculo redondeando los bordes más prominentes. Cualquiera que haga esto, a mi juicio, no declara todo el consejo de Dios.

El ministro fiel debe ser claro, sencillo y preciso con respecto a estas doctrinas. No debe haber disputa acerca de si las cree o no. Debe predicarlas de tal manera que sus oyentes sepan si predica un esquema de libre albedrío o un pacto de gracia, si enseña la salvación por obras o la salvación por el poder y la gracia de Dios.

Pero amados, un hombre podría predicar todas estas doctrinas a plenitud, y sin embargo no declarar todo el consejo de Dios. Porque aquí viene el trabajo y la batalla, aquí es donde el que es fiel en estos días modernos tendrá que soportar todo el peso de la guerra. No basta predicar la doctrina, hay que predicar el deber, hay que insistir fiel y firmemente en la práctica.

Mientras no prediques más que pura doctrina, hay una cierta clase de hombres de intelecto pervertido que te admirarán; pero una vez que comienzas a predicar la responsabilidad, a decir abiertamente, de una vez por todas, que si el pecador perece es por su propia culpa, que si algún hombre se hunde en el infierno, su condenación estará a su propia puerta, y de inmediato hay un grito de "¡Incongruencia! ¿Cómo pueden estas dos cosas estar juntas?"

Incluso se encuentran buenos cristianos que no pueden soportar toda la verdad, y que se opondrán al siervo del Señor que no se contenta con un fragmento, sino que presenta honestamente todo el Evangelio de Cristo.

Este es uno de los problemas que el ministro fiel tiene que soportar. Pero no es fiel a Dios; lo digo solemnemente, no creo que ningún hombre sea fiel ni siquiera a su propia conciencia, que pueda predicar simplemente la doctrina de la soberanía, y dejar de insistir en la doctrina

de la responsabilidad.

Creo con certeza que todo hombre que se hunda en el infierno tendrá que maldecirse a sí mismo por ello. Se dirá de ellos cuando pasen el portal de fuego: "No quisisteis". "No quisisteis que os reprendiera. Se os invitó a la cena y no quisisteis venir. Os llamé, y no quisisteis; extendí mis manos, y nadie me miró. Y ahora, he aquí, me burlaré de vuestras calamidades, me reiré cuando venga vuestro miedo".

El apóstol Pablo sabía cómo desafiar a la opinión pública y, por un lado, predicar el deber del hombre y, por otro, la soberanía de Dios. Yo tomaría prestadas las alas de un águila y volaría hasta la máxima altura de la alta doctrina cuando predico la soberanía divina. Dios tiene poder absoluto e ilimitado sobre los hombres para hacer con ellos lo que le plazca, como el alfarero hace con el barro. Que la criatura no cuestione al Creador, pues Él no da cuenta de sus asuntos.

Pero cuando predico acerca del hombre, y examino el otro aspecto de la verdad, me sumerjo hasta lo más profundo. Soy, si me llaman así, un hombre de baja doctrina en eso, pues como honesto mensajero de Cristo debo usar Su propio lenguaje y clamar: "El que no cree, ya ha sido condenado, porque no cree en el Hijo de Dios". No veo que se declare todo el consejo de Dios, a menos que esos dos puntos aparentemente contradictorios sean sacados a la luz y enseñados claramente.

Para predicar todo el consejo de Dios es necesario declarar la promesa en toda su amplitud, seguridad y riqueza. Cuando la promesa es el tema del texto, el ministro nunca debe temerla. Si es una promesa incondicional, debe hacer de su incondicionalidad una de las características más prominentes de su discurso, debe ir hasta el final con todo lo que Dios ha prometido a su pueblo.

Si el mandamiento es el tema, el ministro no debe acobardarse, debe pronunciar el precepto tan completa y confiadamente como lo haría con la promesa. Debe exhortar, reprender, ordenar con toda longanimidad. Debe mantener siempre el hecho de que la parte perceptiva del Evangelio es tan valiosa, es más, tan invaluable, como la parte promisoría. Debe defender que "por sus frutos los conoceréis", que "si el árbol no da buen fruto, se corta y se echa al fuego". Debe predicarse la vida santa, así como la vida feliz. Debe insistirse constantemente en la santidad de vida, así como en esa fe sencilla que depende para todo de Cristo.

Para declarar todo el consejo de Dios, para reunir diez mil cosas en una, creo que es necesario que cuando un ministro reciba su texto, diga lo que ese texto significa honesta y rectamente. Demasiados predicadores reciben un texto y lo matan, le retuercen el cuello, luego

lo rellenan con algunas nociones vacías, y lo presentan sobre la mesa para que un pueblo irreflexivo se alimente de él. No predica todo el consejo de Dios el que no deja que la Palabra de Dios hable por sí misma en su propio lenguaje puro y sencillo.

Si un día encuentra un texto como éste: "No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia", el ministro fiel llegará hasta el final de ese texto.

Y si al día siguiente el Espíritu de Dios le hace entender a su conciencia esto: "No queréis venir a mí para que tengáis vida", o esto otro: "El que quiera, venga", será tan honesto con su texto por ese lado como lo fue por el otro. No eludirá la verdad. Se atreverá a mirarla directamente a la cara y luego la subirá al púlpito y allí le dirá: "Oh Palabra, habla por ti misma y que se te oiga sola. No permitas, oh Señor, que pervierta o malinterprete Tu propia verdad enviada del cielo".

La simple honestidad hacia la pura Palabra de Dios es, en mi opinión, un requisito para el hombre que no rehúye declarar todo el consejo de Dios.

Además, esto no es todo. Si un hombre quiere declarar todo el consejo de Dios, y no rehuir hacerlo, debe ser muy particular sobre los pecados clamorosos de los tiempos. El ministro honesto no condena el pecado en masa, sino que señala pecados separados en sus oyentes, y sin tensar el arco en una aventura, pone una flecha en la cuerda, y el Espíritu Santo la envía directamente a la conciencia del individuo. El que es fiel a su Dios no mira a su congregación como una gran masa, sino como individuos separados, y se esfuerza por adaptar su discurso a las conciencias de los hombres, para que perciban que habla de ellos.

Se dice de Rowland Hill, que era un predicador tan personal, que si un hombre estuviera lejos sentado en una ventana, o en algún rincón secreto, sentiría sin embargo: "Ese hombre me está hablando". Y el verdadero predicador que declara todo el consejo de Dios, habla de tal manera que sus oyentes sienten que hay algo para ellos, una reprobación por sus pecados, una exhortación que deben obedecer, algo que les llega de manera puntual, pertinente y personal. No creo que nadie que no haga esto haya declarado todo el consejo de Dios.

Si hay un vicio que deban evitar, si hay un error que deban evitar, si hay un deber que deban cumplir, si todas estas cosas no se mencionan en los discursos desde el púlpito, el ministro ha evitado declarar todo el consejo de Dios. Si hay un pecado que abunda en el vecindario, y especialmente en la congregación, si el ministro evita ese vicio en particular para no ofenderlos a ustedes, ha sido infiel a su llamado, deshonesto con su Dios.

No sé cómo describir mejor al hombre que declara todo el consejo de Dios que remitiéndolos a las epístolas de San Pablo. Allí tenéis la doctrina y el precepto, la experiencia y la práctica. Habla de la corrupción interior y de la tentación exterior. Se describe toda la vida

divina y se dan las instrucciones necesarias. Ahí tienes la reprensión solemne y el suave consuelo. Ahí están las palabras que "caen como la lluvia y destilan como el rocío", y ahí están las frases que resuenan como truenos y relampaguean como relámpagos.

Allí se le ve en un momento con su cayado en la mano, conduciendo suavemente a sus ovejas a los pastos, y enseguida, se le ve en otro momento con su espada desenvainada, librando una valiente batalla contra los enemigos de Israel. El que quiera ser fiel y predicar todo el consejo de Dios, debe imitar al apóstol Pablo y predicar como él escribió.

Sin embargo, se sugiere la pregunta: ¿existe alguna tentación que surja para el hombre que se esfuerza por hacer esto? ¿Hay algo que pueda tentarlo a apartarse del camino recto, e inducirlo a no predicar todo el consejo de Dios? Ah, hermano mío, poco entiendes la posición del ministro, si a veces no has temblado por él.

Propón sólo una fase de la verdad, y serás puesto el grito en el cielo. Conviértete en un calvinista tal que cierres tus ojos a la mitad de la Biblia, y no puedas ver la responsabilidad del pecador, y los hombres aplaudirán y gritarán ¡Aleluya! y sobre las espaldas de muchos serás elevado a un trono y te convertirás en un verdadero príncipe en su Israel.

Por otra parte, comienza a predicar mera moralidad, práctica sin doctrina, y serás elevado sobre los hombros de otros hombres, cabalgarás, si se me permite usar tal figura, sobre estos asnos hacia Jerusalén, y los oirás gritar: ¡Hosanna! y los verás agitar sus palmas delante de ti.

Pero una vez predica todo el consejo de Dios, y tendrás a ambos partidos sobre ti, uno gritando: "El hombre es demasiado alto", el otro diciendo: "No, es demasiado bajo", el uno dirá: "Es un arminiano de rango", el otro: "Es un vil hipercalvinista".

Ahora bien, a un hombre no le gusta estar entre dos fuegos. Hay una inclinación a complacer a uno u otro de los dos partidos, y así, si no aumentar los propios adherentes, al menos conseguir un pueblo más ferozmente apegado. Ay, pero si una vez comenzamos a pensar en eso, si sufrimos que el clamor de cualquiera de los dos partidos nos desvíe de ese estrecho sendero, el sendero del derecho, y de la verdad, y de la rectitud, entonces todo habrá terminado para nosotros.

¿Cuántos ministros sienten la influencia de las personas adineradas? El ministro en su púlpito, tal vez, se inclina a pensar en el terrateniente en su banco verde. O bien piensa: "¿Qué dirá el diácono Fulano de Tal?" o "¿Qué dirá el otro diácono, que piensa exactamente lo contrario?" o "¿Qué escribirá el Sr. A, director de tal periódico, el próximo lunes?" o "¿Qué dirá la Sra. B la próxima vez que me encuentre con ella?".

Sí, todas estas cosas arrojan su pequeño peso en la balanza, y tienen una tendencia, si un hombre no es guardado rectamente por Dios el Espíritu Santo, a hacerle desviarse un poco de ese camino estrecho en el que sólo puede permanecer si quiere declarar todo el consejo de Dios.

Ah, amigos, hay honores que puede obtener el hombre que se adhiere a la opinión de una camarilla, pero si bien hay honores, hay muchas más deshonras que puede ganar el que se mantiene firme en el estandarte inmaculado de la verdad, individual y solitario, y lucha contra todo tipo de mal, tanto en la iglesia como en el mundo. Por lo tanto, no fue un testimonio insignificante el que el apóstol pidió para sí mismo, de que no había rehusado declarar todo el consejo de Dios.

Pero entonces, permítanme señalar además, aunque existe esta tentación de no declarar todo el consejo de Dios, el verdadero ministro de Cristo se siente impulsado a predicar toda la verdad, porque ella y sólo ella puede satisfacer las necesidades del hombre. Cuántos males ha visto este mundo a través de un Evangelio distorsionado, deformado, moldeado por el hombre. ¿Qué males han hecho a las almas de los hombres los que han predicado sólo una parte y no todo el consejo de Dios?

Mi corazón sangra por muchas familias donde la doctrina antinomiana se ha impuesto. Podría contar muchas historias tristes de familias muertas en pecado, cuyas conciencias son espantadas como con un hierro candente, por la predicación fatal que escuchan. He conocido convicciones sofocadas, y deseos apagados por el sistema destructor de almas que le quita la hombría al hombre, y no lo hace más responsable que un buey.

No puedo imaginar un instrumento más listo en las manos de Satanás para la ruina de las almas, que un ministro que dice a los pecadores que no es su deber arrepentirse de sus pecados o creer en Cristo, y que tiene la arrogancia de llamarse a sí mismo ministro del Evangelio, mientras enseña que Dios odia a algunos hombres infinita e inmutablemente sin razón alguna, sino simplemente porque así lo decide. Oh, hermanos míos, que el Señor os salve de la voz del encantador y os mantenga siempre sordos a la voz del error.

Incluso en las familias cristianas, ¡qué mal producirá un Evangelio distorsionado! He visto al joven creyente, recién salvado del pecado, feliz en su temprana carrera cristiana y caminando humildemente con su Dios. Pero el mal se ha colado, disfrazado con el manto de la verdad. El dedo de la ceguera parcial fue puesto sobre sus ojos, y sólo una doctrina pudo ser vista. Se vio la soberanía, pero no la responsabilidad. El ministro una vez amado fue odiado, el que había sido honesto para predicar la Palabra de Dios, fue considerado como el desecho de todas las cosas.

¿Y cuál fue el efecto? Todo lo contrario de bueno y amable. El fanatismo usurpó el lugar del amor, la amargura vivió donde una vez había existido la belleza del carácter. Podría señalar innumerables casos en los que insistir en una doctrina peculiar ha llevado a los hombres al exceso de fanatismo y amargura. Y cuando un hombre ha llegado allí, está lo suficientemente listo para cualquier tipo de pecado al que el diablo quiera tentarlo.

Es necesario que se predique todo el Evangelio, pues de lo contrario los espíritus, aun de los cristianos, se estropearán y mutilarán. He conocido a hombres diligentes por Cristo, trabajando para ganar almas con ambas manos, y de repente han abrazado una doctrina en particular y no toda la verdad, y se han hundido en el letargo.

Por otra parte, donde los hombres sólo han tomado el lado práctico de la verdad, y han dejado de lado el doctrinal, demasiados profesantes se han pasado a la legalidad, han hablado como si fueran a ser salvos por obras, y casi han olvidado esa gracia por la cual fueron llamados. Son como los Gálatas, han sido hechizados por lo que han oído. El creyente en Cristo, si ha de mantenerse puro, sencillo, santo, caritativo, semejante a Cristo, sólo ha de mantenerse así mediante una predicación de toda la verdad tal como es en Jesús.

Y en cuanto a la salvación de los pecadores, ah, mis oyentes, nunca podemos esperar que Dios bendiga nuestro ministerio para la conversión de los pecadores, a menos que prediquemos el Evangelio como un todo. Si me quedo sólo con una parte de la verdad, y siempre me detengo en ella, excluyendo cualquier otra, no puedo esperar la bendición de mi Señor. Si predico como Él quiere que predique, ciertamente Él poseerá la palabra, nunca la dejará sin Su propio testimonio vivo.

Pero si me imagino que puedo mejorar el Evangelio, que puedo hacerlo consistente, que puedo vestirlo y hacerlo parecer más fino, encontraré que mi Maestro se ha ido, y que Icabod está escrito en las paredes del santuario.

Cuántos se mantienen en la esclavitud por descuidar las invitaciones del Evangelio. Anhelan ser salvos. Suben a la casa de Dios clamando por ser salvos, y no hay nada más que predestinación para ellos.

Por otro lado, qué multitudes son mantenidas en la oscuridad por medio de la predicación práctica. Es hacer, hacer, hacer y nada más que hacer, y las pobres almas se alejan y dicen: "¿De qué me sirve eso? No puedo hacer nada. Oh, que se me mostrara un camino disponible para la salvación".

Del apóstol Pablo, creemos que puede decirse con verdad, que ningún pecador perdió un consuelo por haber guardado la cruz de Cristo, que ningún santo fue desconcertado en espíritu por haber negado el pan del cielo y retenido la verdad preciosa, que ningún cristiano

práctico se volvió tan práctico como para volverse legal, y ningún cristiano doctrinal se volvió tan doctrinal como para volverse impráctico. Su predicación era tan sabrosa y coherente que los que le oían, bendecidos por el Espíritu, se convertían en cristianos de verdad, tanto en vida como en espíritu, reflejando la imagen de su Maestro.

Creo que no puedo extenderme mucho sobre este texto. He estado tan indispuesto durante los dos últimos días, que los pensamientos que esperaba presentarles de una forma mejor, sólo han salido de mi boca de una manera muy poco ordenada.

II. Ahora debo alejarme del apóstol Pablo para dirigirles *unas muy pequeñas palabras de despedida, sinceras y afectuosas.*

"Por tanto, os tomo hoy por testigos de que estoy limpio de la sangre de todos los hombres, pues no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios". No deseo decir nada en autoelogio y alabanza, no seré mi propio testigo en cuanto a mi fidelidad, sino que apelo a ustedes, los tomo por testigos en este día, de que no he rehuido declararles todo el consejo de Dios. A menudo he subido a este púlpito con gran debilidad, y mucho más a menudo me he ido con gran tristeza, porque no os he predicado con la seriedad que deseaba.

Confieso que he cometido muchos errores y faltas, y sobre todo que me ha faltado seriedad al orar por vuestras almas. Pero hay un cargo del que mi conciencia me absuelve esta mañana, y creo que ustedes también me absolverán, pues no he rehuido declarar todo el consejo de Dios. Si en algo he errado, ha sido en un error de juicio, puede que me haya equivocado, pero hasta donde he aprendido la verdad, puedo decir que ningún temor a la opinión pública, ni a la opinión privada, me ha apartado jamás de lo que considero la verdad de mi Señor y Maestro.

Les he predicado las cosas preciosas del Evangelio. Me he esforzado al máximo de mi capacidad para predicar la gracia en toda su plenitud. Conozco la preciosidad de esa doctrina en mi propia experiencia, Dios me libre de predicar cualquier otra. Si no somos salvos por gracia, nunca podremos ser salvos en absoluto. Si desde el principio hasta el fin la obra de la salvación no está en las manos de Dios, ninguno de nosotros podrá ver jamás el rostro de Dios con aceptación.

Yo predico esta doctrina, no por elección, sino por absoluta necesidad, porque si esta doctrina no es verdadera, entonces somos almas perdidas, su fe es vana, nuestra predicación es vana, y todavía estamos en nuestros pecados, y allí debemos continuar hasta el fin.

Pero, por otra parte, también puedo decir que no he rehuido exhortar, invitar, suplicar. He invitado al pecador a venir a Cristo. Me han instado a no hacerlo, pero no he podido resistirme. Con las entrañas anhelantes por los pecadores que perecen, no podía concluir sin gritar: "Ven a Jesús, pecador, ven". Con los ojos llorando por los pecadores, me veo obligado a pedirles

que vengan a Jesús. No me es posible detenerme en la doctrina sin invitarlos. Si tú no vienes a Cristo, no es por falta de llamamiento, o porque yo no haya llorado por tus pecados, y me haya afligido al dar a luz por las almas de los hombres.

Lo único que tengo que pedirlos es esto: dadme testimonio, oyentes míos, dadme testimonio de que, en este sentido, estoy limpio de la sangre de todos los hombres, pues he predicado todo lo que sé de todo el consejo de Dios. ¿He conocido un solo pecado que no haya reprendido? ¿Ha habido alguna doctrina en la que haya creído y que me haya guardado? ¿Ha habido alguna parte de la Palabra, doctrinal o experiencial, que haya ocultado voluntariamente?

Estoy muy lejos de ser perfecto, de nuevo con llanto confieso mi indignidad, no he servido a Dios como debería hacerlo, no he sido tan sincero con ustedes como podría desear. Ahora que mis tres años de ministerio aquí han terminado, hubiera deseado comenzar de nuevo, caer de rodillas ante ustedes y rogarles que consideren las cosas que contribuyen a su paz. Pero aquí, de nuevo, repito que aunque en cuanto a seriedad me declaro culpable, en cuanto a verdad y honestidad puedo desafiar al tribunal de Dios, puedo desafiar a los ángeles elegidos, puedo llamarlos a todos ustedes por testigos de que no he rehusado declarar todo el consejo de Dios.

Es bastante fácil, si uno quiere hacerlo, evitar predicar una doctrina objetable simplemente pasando por alto los textos que la enseñan. Si una verdad desagradable se te impone, no es difícil dejarla de lado, imaginando que perturbaría tu enseñanza anterior. Tal ocultamiento puede tener éxito por un tiempo, y posiblemente su gente no lo descubra durante años.

Pero si he estudiado algo, siempre he procurado sacar a la luz aquella verdad que había descuidado de antemano, y si ha habido alguna verdad que haya retenido hasta ahora, será mi ferviente oración que a partir de este día se haga más prominente, para que así pueda ser mejor entendida y vista.

Bien, simplemente les hago esta pregunta, y si me permito algún pequeño egoísmo, si en este día de despedida "me vuelvo un necio al gloriarme," no es por gloriarme, es con un motivo mejor: oyentes míos, les hago esta pregunta. Pueden venir tristes desastres para muchos de ustedes. Dentro de poco, algunos de ustedes frecuentarán lugares donde no se predica el Evangelio. Es posible que abracen otro evangelio falso. Sólo os digo esto, que no ha sido culpa mía, de que he sido fiel y no he rehusado anunciaros todo el consejo de Dios.

Dentro de poco, algunos de los aquí presentes que han sido refrenados por el hecho de haber asistido a un lugar de culto, al ver que el ministro elegido se ha ido, puede que después no vayan a ningún otro sitio. Pueden volverse descuidados. Tal vez el próximo día de reposo

estén sentados en casa, holgazaneando y desperdiciando el día. Pero hay una cosa que quisiera decirles antes de que se decidan a no asistir más a la casa de Dios, denme testimonio de que he sido fiel con ustedes.

Puede ser que algunos de los aquí presentes que han profesado andar bien por un tiempo mientras han estado oyendo la Palabra, puedan volver atrás, algunos de ustedes pueden ir directamente al mundo otra vez, pueden volverse borrachos, maldicientes, y cosas semejantes. Dios quiera que no sea así. Pero les exhorto a que, si se sumergen en el pecado, digan al menos una cosa en favor de quien nada desea tanto como verlos salvos, digan que he sido honesto con ustedes, que no he rehuido declarar todo el consejo de Dios.

Oh, oyentes míos, dentro de poco algunos de ustedes estarán en su lecho de muerte. Cuando su pulso sea débil, cuando los terrores de la muerte sombría los rodeen, si todavía están inconversos a Cristo, hay una cosa que quiero que agreguen a su última voluntad y testamento, y es ésta, la exclusión del pobre ministro que está delante de ustedes en este día, de cualquier participación en esa desesperada locura suya que los ha llevado a descuidar su propia alma.

Oh, ¿no te he gritado que te arrepientas? ¿No os he ordenado que miréis hacia ella antes de que os sorprenda la muerte? ¿No os he exhortado, oyentes míos, a refugiaros en la esperanza puesta ante vosotros? Oh, pecador, cuando estés vadeando el río negro, no me lances ninguna burla como si yo fuera tu asesino, pues en esto puedo decir: "Me lavo las manos en inocencia, estoy limpio de tu sangre".

Pero se acerca el día en que todos volveremos a encontrarnos. Esta gran asamblea se sumergirá en una mayor, como la gota se pierde en el océano. Y ese día me presentaré para ser juzgado por Dios. Si no os he advertido que he sido un centinela infiel, y que vuestra sangre será requerida de mis manos, si no os he predicado a Cristo y os he ordenado huir en busca de refugio, entonces, aunque pecares, vuestra alma será requerida de mí.

Te suplico que, si te ríes de mí, si rechazas mi mensaje, si desprecias a Cristo, si odias Su Evangelio, si serás condenado, al menos me des la absolución de tu sangre.

Veo ante mí a algunos que no me escuchan a menudo, y sin embargo puedo decir de ellos que han sido objeto de mis oraciones privadas, y a menudo también de mis lágrimas, cuando los veo seguir adelante en sus iniquidades. Bueno, les pido una cosa, y como hombres honestos, no pueden negármela. Si quieren tener sus pecados, si quieren perderse, si no quieren venir a Cristo, al menos en medio de los truenos del gran día, cuando sea juzgado en el tribunal de Dios, absuélvame de haber destruido sus almas.

¿Qué más puedo decir? ¿Cómo puedo suplicaros? Si tuviera la lengua de un ángel, y el corazón del Salvador, entonces suplicaría, pero no puedo decir más de lo que he hecho a menudo. En nombre de Dios, te suplico que huyas a Cristo en busca de refugio. Si todo no te ha bastado antes, que esto te baste ahora. Ven, alma culpable, y huye a Aquel cuyos brazos abiertos de par en par están dispuestos a recibir a toda alma que huye a Él con penitencia y fe.

Dentro de poco, el propio predicador yacerá tendido en su lecho. Unos cuantos días más de reunión solemne, unos cuantos sermones más, unas cuantas oraciones más, y creo que me veo en aquel aposento alto, con amigos velando a mi alrededor. El que ha predicado a miles, ahora necesita consuelo para sí mismo. El que ha animado a muchos en el artículo de la muerte, ahora está pasando él mismo por el río.

Oyentes míos, ¿habrá alguno de vosotros a quien yo vea en mi lecho de muerte que me maldiga por infiel? ¿Se atormentarán estos ojos con las visiones de hombres a quienes he divertido e interesado, pero en cuyos corazones nunca he tratado de hundir la verdad? ¿Me acostaré allí, y estas poderosas congregaciones pasarán en un panorama lúgubre ante mí, y mientras se desvanecen ante mis ojos, una tras otra, cada una me maldecirá por ser infiel? Dios no lo quiera. Confío en que me haréis este favor, que cuando yazca moribundo admitiréis que estoy limpio de la sangre de todos los hombres, y que no he rehuído declarar todo el consejo de Dios.

Me veo en el último gran día como prisionero ante el tribunal. ¿Qué pasaría si esto se leyera en mi contra: "Muchos te han escuchado, miles se han agolpado para oír las palabras que salían de tus labios, pero has engañado, has confundido, has confundido voluntariamente a este pueblo"?

Truenos como nunca se han oído antes deben rodar sobre esta pobre cabeza, y relámpagos más terribles que los que jamás hayan azotado al demonio, harán estallar este corazón, si te he sido infiel.

Mi posición, si sólo hubiera predicado una vez la Palabra a estas multitudes, por no hablar de los muchos miles de veces, sería la más terrible de todo el universo si yo fuera infiel. Oh, que Dios aleje de mi cabeza el peor de los males: la infidelidad.

Ahora, ya que estoy aquí, hago esta mi última súplica: "Os ruego en lugar de Cristo, que os reconciliéis con Dios". Pero si no lo estáis, os pido este único favor, y creo que no me lo negaréis: asumid la culpa de vuestra propia ruina, pues estoy limpio de la sangre de todos los hombres, ya que no he rehuído declararos todo el consejo de Dios.

Todo esto a modo de llamado a dar testimonio. Ahora, vengo a hacer una petición. Tengo

que pedir un favor a todos los aquí presentes. Si en algo han sido beneficiados, si en algo han tenido consuelo, si han encontrado a Cristo de alguna manera durante la predicación del Evangelio aquí, les ruego, aunque no vuelvan a escuchar mis palabras, les ruego que me lleven en su corazón ante el trono de Dios en oración. Vivimos de las oraciones de nuestro pueblo. Los ministros de Dios deben más a las oraciones de su pueblo de lo que ellos nunca sabrán. Amo a mi pueblo por sus oraciones por mí. Nunca se ha orado tanto por un ministro como por mí.

Pero aquellos de vosotros que os veáis obligados a separaros de nosotros a causa de la distancia, y cosas semejantes, ¿me llevaréis aún en vuestros pensamientos ante Dios, y dejaréis que mi nombre se grabe en vuestros pechos cada vez que os presentéis ante el propiciatorio? Es poco lo que pido. Es simplemente que digáis: "Señor, ayuda a tu siervo a ganar almas para Cristo".

Pídele que sea más útil de lo que ha sido nunca, que si se equivoca en algo se corrija. Si no te ha consolado, pídele que lo haga en el futuro; pero si ha sido honesto contigo, entonces ruega que tu Señor lo tenga bajo su santa custodia. Y aunque te pido que hagas esta petición por mí, es por todos los que predicán la verdad en Jesús.

Hermanos, rogad por nosotros. Trabajaremos por ustedes como quienes deben rendir cuentas. Ah, no es poca cosa ser ministro si somos fieles a nuestro llamado. Como dijo una vez Baxter, cuando alguien le dijo que el ministerio era un trabajo fácil: "Señor, desearía que ocupara mi lugar, si así lo cree, y lo probara". Si agonizar con Dios en oración, si luchar por las almas de los hombres, si ser maltratado y no responder, si sufrir toda clase de reprensiones y calumnias, si esto es descanso, tómelo, señor, pues me alegraré de librarme de él. Os pido que oréis por todos los ministros de Cristo, para que sean ayudados y sostenidos, mantenidos y apoyados, para que su fuerza esté a la altura de su día.

Y luego, habiendo hecho esta petición para mí mismo, y por lo tanto egoísta, tengo una súplica que hacer para otros. Oyentes míos, no puedo cerrar los ojos ante el hecho de que todavía hay muchos de ustedes que llevan mucho tiempo escuchando la Palabra aquí, pero que todavía no han entregado sus corazones a Cristo. Me alegra veros aquí, aunque sea por última vez.

Si nunca volvieras a pisar los sagrados atrios de la casa de Dios, si nunca volvieras a oír Su Palabra, si nunca escucharas una cordial invitación o una honesta advertencia, tengo un ruego que hacerte. Fíjense, no una petición, sino una súplica, y una súplica tal, que si estuviera rogando por mi vida, no podría ser más honesto e intensamente sincero al respecto.

Pobre pecador, detente un momento y piensa. Si has oído el Evangelio y has sido

beneficiado por él, ¿qué pensarás de todas tus oportunidades perdidas cuando estés en tu lecho de muerte? ¿Qué pensarás cuando seas arrojado al infierno, cuando este pensamiento resuene en tus oídos: "Oíste el Evangelio, pero lo rechazaste"?, cuando los demonios en el infierno se rían en tu cara y digan: "Nunca rechazamos a Cristo, nunca despreciamos la Palabra", y te empujen a un infierno más profundo que el que ellos mismos experimentaron. Les ruego que se detengan y piensen en esto.

¿Vale la pena vivir por las alegrías que tienes en este mundo? ¿No es este mundo un lugar aburrido y monótono? Hombre, pasa página. Te digo que no hay gozo para ti aquí, y no lo habrá después mientras seas lo que eres. Oh, que Dios te enseñe que el mal está en tu pecado. Tienes pecados sin perdonar. Mientras tu pecado esté sin perdonar, no podrás ser feliz ni aquí ni en el mundo venidero.

Mi súplica es, ve a tu aposento, si te sabes culpable, haz allí una confesión completa ante Dios, pídele que tenga misericordia de ti, por amor de Jesús. Y Él no te negará. Hombre, Él no te negará, Él te responderá, Él quitará todos tus pecados, Él te aceptará, Él te hará Su hijo. Y así como serás más feliz aquí, así serás bendecido en el mundo venidero.

Oh, hombres y mujeres cristianos, os lo suplico, implorad al Espíritu de Dios que guíe a muchos de esta multitud a la confesión plena, a la oración verdadera y a la fe humilde, y si nunca antes se han arrepentido, que ahora se vuelvan a Cristo.

Oh, pecador, tu vida es corta, y la muerte se apresura. Tus pecados son muchos, y si el juicio tiene pies de plomo, sin embargo tiene una mano segura y pesada. Vuélvete, vuélvete, vuélvete, te lo suplico. Que el Espíritu Santo te convierta.

He aquí, Jesús es levantado ante ti ahora. Por Sus cinco heridas, te lo suplico, vuélvete. Miradle a Él y vivid. Cree en Él y serás salvo, porque todo aquel que cree en el Hijo del Hombre tiene vida eterna, y no perecerá jamás, ni la ira de Dios reposará sobre él.

Que el Espíritu de Dios ordene ahora Su propia bendición permanente, incluso la vida eterna, por amor de Jesús. Amén.

Al comienzo del servicio, el señor Spurgeon dijo: "El servicio de esta mañana tendrá mucho del carácter de un discurso de despedida y de una reunión de despedida. Por muy triste que me resulte separarme de muchos de ustedes, cuyos rostros he visto durante tanto tiempo entre la multitud de mis oyentes, sin embargo, por amor a Cristo, por amor a la coherencia y a la verdad, nos vemos obligados a retirarnos de este lugar, y el próximo día de reposo por la

